

M - 16586
R - 26002

UNA ESTACION MEGALITICA EN LA RIOJA

Por *José Miguel de BARANDIARAN*,
Delegado de Excavaciones Arqueológicas
de Alava.

HASTA el año 1935 no teníamos noticias de los habitantes prehistóricos de la Rioja. El primer hallazgo verdaderamente importante en la materia fué el del Cantarral, llamado **Chabola de la Hechicera**, sito en el término de Lanagunilla, de Elvillar.

Invitado por los Sres. D. Alvaro de Gortázar y D. Carlos S. de Tejada, visité la comarca el 27 de octubre de aquel año. Al llegar a Lanagunilla, fácilmente pude reconocer el carácter prehistórico del montículo de piedras que allí se levanta. Era el primer dolmen que conocíamos en esta región.

Dolmen de grandes proporciones, como todos o casi todos los que se hallan en los valles bajos de este lado del Pirineo, la **Chabola** tiene un túmulo de cantos informes en dos pisos escalonados, una cámara formada por grandes losas areniscas y un corredor, cercado igualmente por varias losas, en el lado SE.

La presencia de este monumento en medio del campo contribuyó sin duda a perpetuar en la memoria de la población un tema legendario que se halla extendido en todo el Pirineo. Fué una

anciana de 80 años llamada Cipriana Ruiz Merino, de Elvillar quien, haciéndose eco de una antigua tradición, me refirió que una hechicera vivía antiguamente en el interior de la **Chabola** y que una vez al año, en la mañana de San Juan, salía de allí entonando cánticos y pregonando a voces su quincalla. Todos la oían; pero ninguno la veía.

A fines de junio de 1936 efectué la excavación del corredor y de la parte SE. de la cámara de este dolmen; pero luego tuve que suspender mi labor a causa de una gran losa que, tendida en el suelo, cubría buena parte del recinto y sus restos prehistóricos.

Tanto en el corredor como en la cámara central había huesos humanos, cascós de vasijas y dos hachas de piedra pulimentada. Todo fué recogido y depositado en el Museo de Laguardia, como primera aportación eneolítica de la Arqueología riojana.

El año 1946 incluí la noticia de este monumento en mi «Catalogue des stations préhistoriques des Pyrénées Basques» aparecido en **Ikuska** (noviembre-diciembre de 1946) y en la misma revista publiqué una breve descripción del mismo, acompañada de tres planos de su cámara y galgal.

De entonces acá, el infatigable delegado de excavaciones, don Domingo Fernández Medrano, ha descubierto en la Rioja otros seis dólmenes que forman una parte de la gran estación megalítica que se extiende por las comarcas de Salcedo y de Igay, por el valle de Cuartango y por la Llanada alavesa.

Este grupo de monumentos ocupa las regiones-base de una población pastoril que de antiguo practicaba la trashumancia, llevando sus rebaños durante el estío a las próximas sierras de Teicño, de Badaya, de Guibijo, de Entzia y de Elguea, donde precisamente se hallan las cistas o pequeños dólmenes de montaña, reconocidos hace tiempo como monumentos eneolíticos.

Dentro de poco, publicaremos una monografía relativa a los últimos descubrimientos de arqueología prehistórica alavesa y en

ella incluiremos una detallada descripción de los megalitos riojanos y del ajuar contenido en varios de ellos.

La estación dolménica riojana es ya un valioso dato que pue-



Dolmen «Chozo de la Hechicera» (Elvillar).

(Foto J. M. de M.).

de facilitar la solución de un problema hace tiempo planteado, por la existencia de varios tipos de construcciones megalíticas en el cuadro de nuestra prehistoria. Es un hecho que confirma la idea de que los grandes dólmenes fueron construídos en las zonas bajas de nuestro país, mientras que las cistas o pequeños dólmenes lo fueron en las montañas.

Las áreas de ambos tipos de megalitos corresponden respectivamente a las de tipos de establecimientos pastoriles tradicionalmente predominantes en ambas zonas. Diríase, pues, que existe una correlación en ambos fenómenos; correlación que parece responder a la existencia de una causa común, es decir, a la des-

igual permanencia de los pastores trashumantes en la montaña y en el valle.

La estación dolménica riojana plantea de nuevo el problema del origen de estas construcciones megalíticas de nuestro país; este género de problemas es de los más difíciles en el campo de la etnología y mucho más lo es en el de la paletnología. Por eso vale más no adelantarse a dar soluciones antes de conocer los datos que son precisos en la materia. Sin embargo, unas campañas de prospección en tierras de Logroño y de Burgos podrían aportar alguna luz y orientarnos en tan espinosa cuestión.